

Y, la verdad sea dicha, también divertía á Ruiz Jiménez. ¡Poquito que se ha reído él de D. Leopoldo!

« El hombre se tira de los pelos » — me escribía desde Oviedo un espía; — « esta mañana, en cátedra, la emprendió á bocados con los chicos. »

Y yo, corriendo con el cuento á casa de mis amigos. « Me escriben — les decía — que S. M. la Reina madre de la crítica está atacada del furor uterino, digo, teutónico, que diría Bismarck. »

Cierta noche — lo recuerdo como si estuviera viéndolo — cierta noche se me apareció en sueños un número de *Los Sucesos*. El grabado representaba á D. Leopoldo colgando del badajo de una campana de la catedral de Oviedo. ¡Qué horror!... La cabezota, circundada de blondos cabellos, pendía de un hilo negruzco, que semejaba el pescuezo de un pájaro frito. Tenía dobladas las piernas y el cuerpo todo con las trazas de un perrito sentado.

Debajo del grabado aparecía este letrero en tinta china :

†

ESPANTOSO SUICIDIO EN OVIEDO.

Y luego venía la explicación. Graves disgustos literarios movieron al suicida á tomar « la funesta resolución » de ahorcarse... con un número de *La Regencia*.

En sueños daba yo brincos lo mismo que un sal-

tamontes, y decía, al igual de *Macbeth* : « ¡Cómo te asemejas á D. Leopoldo!... Apártate de mí... Tu corona quema mis ojos... ¿Por qué tal espectáculo, malditos *Sucesos*?... ¡Espantosa *visión*!... Ahora lo comprendo todo... D. Leopoldo, pálido por la muerte, me dice sonriéndose que son de su raza esas testas coronadas... »

Y en sueños también oía á *Macduff*, esto es, al editor de *Clarín*, el cual Manuel decía á grito pelado : « ¡Ni en los mismos infiernos hay un ser más perverso que Bonafoux!... »

La pesadilla era más fuerte que yo. En vano trataba de sacudirla. « ¡Lejos de mí esta horrible mancha!... — exclamaba como *lady Macbeth*. — ¡Qué triste está el infierno!... ¿Por qué no se lavan nunca mis manos?... Todavía siento el olor á crítico cabrío... Todos los aromas de Oviedo no bastarían á quitarme de esta gran mano mía el olor de la sangre!... »

Volví en mí; pero el sueño huyó de mis ojos, camino de Oviedo, siguiendo de cerca á la cabezota que colgaba del hilo negruzco y que tenía todas las trazas de un espantajo del campo...

Desde aquella noche juré dejar en paz y *gloria* al misero ahorcado; pero á lo mejor tira el diablo de la manta, y el diablo fué la prensa en esta ocasión.

« Poco importa á Bonafoux — decía *Gil Blas* — el renombre de algunos escritores. ¿Se publica un libro malo? Pues aunque sea debido al más laureado poeta ó al más correcto prosista, le tritura en el mortero de su crítica. ¿Se publica un folleto con humos de bien escrito? Pues aunque sea del mismísimo don

Leopoldo, le analiza escrupulosamente y no le deja defecto alguno grave en el tintero. »

*La Jeringa*, entre otros periódicos, ponía á don Leopoldo estas lavativas de malva :

« Y vaya por la verdad. En el libro *Literatura de Bonafoux* se dicen unas cosas que ponen los pelos de punta : que si D. Leopoldo Alas (*Clarín*) es un Juanillón literario; que si *La Regenta* tiene algo que ver con *Mme. Bovary*; que si D. Leopoldo es un folletista muy malo... en fin, que con esto y con otras cosas muy buenas que tiene el libro, vale muchísimo más que las tres pesetas que cuesta. »

Soliviantado D. Leopoldo, va y la emprende conmigo, poniéndome de « embustero » en *El Madrid Cómico*. ¡Embustero yo, que soy una Biblia de carne y hueso! Me ofendió mucho semejante expresión proferida por tan augustos labios; pero, recordando que Martínez Campos la había usado en su pintoresco lenguaje parlamentario, me consolé pensando que D. Leopoldo plagiaba también á Martínez.

— Me he propuesto que hable D. Leopoldo — decía yo á mis amigos — y no hay más, habla ó revienta.

— Te equivocas — me respondió alguien; — *Clarín* es muy cuco y no habla así lo empalen.

Y, entre sí y no, quedó apostada una cena, que me pagarán cuando regrese á Madrid.

Comprometido ya, no sólo en mi conciencia, sino también en mi estómago, volví á las andadas, y habiéndome dado propicia ocasión una defensa que hizo, á favor del « egregio », mi cariñoso amigo el

escritor Sánchez Pérez, publiqué en *La Regencia* los artículos que reproduzco á continuación :

#### « MÁS PLAGIOS DE DON LEOPOLDO.

» AL SEÑOR SÁNCHEZ PÉREZ.

» Amigo y maestro :

»... Quedamos, pues, en que son mis críticas » agresivas, personalísimas, apasionadas, llenas de » crudeza de estilo, tal vez respirando encono, y » por consiguiente injustas. »

» Cállome los elogios que se ha servido dispensarme, y — créalo usted — no tendría reparo que oponer á lo que dice á propósito de mis críticas, si no tuviera para mí que la opinión suya en este punto obedece, más que á otra cosa, á nobilísimo deseo de salir á la defensa del autor (plagios aparte) de *La Regenta* — esa histórica cursi de *Vetusta*.

» Pero tratándose de un escritor que ha conculcado todos los respetos y traspasado todos los límites, de un escritor que publicó en el periódico *La Unión*, por usted dirigido, un artículo en colaboración de Quevedo, artículo que expresaba la más atroz de las injurias *personales* contra un popularísimo poeta... tratándose de eso, perdóneme usted, mi querido y respetable amigo, que no me parezca justiciera la defensa de delitos ajenos, fundada en faltas mías. Porque si usted, que se erige en juez de este proceso, cree que tiene el deber de mandarme á la Cár-

cel Modelo, tiénelo también, procediendo en justicia, de condenar á mi adversario á la pena de muerte en garrote vil.

» Exhibiera usted mis estados pasionales (si estado pasional es el denunciar á un plagiario), exhibiéralos usted para censurarme, sin que la censura estuviese ligada á la defensa de un reo de mayores desaguisados, y no sería yo quien dijera á usted palabra más alta que otra. Porque aparte de creer que lleva usted razón en cuanto me critica, que tengo por desventura tales defectos y que es mayor desventura mía el no poderlos enmendar, téngole á usted, literaria y personalmente, tantísimo respeto, que no me permitiría protestar siquiera aunque me pusiera como dijese dueñas. Puede acaso que influya también el agradecimiento que tengo á usted; agradecimiento que se conserva tan fresco en ese lugar de mi espíritu que se ha salvado de la quema, que aun no habiendo dicho en su notabilísima crítica que me conoce « hace bastantes años », recordaría yo que fué usted quien publicó — en *El Solfeo*, por cierto — el primer artículo que hice para la prensa de Madrid, y que no satisfecho con eso, tuvo la bondad de animarme, dirigiéndome una carta tan cariñosa como benévola, que conservo todavía entre los honrosos recuerdos de mi adolescencia. — ¡ Figúrese usted si había de olvidar su hermoso proceder, yo que he vivido luego con las manos en la miseria humana! . . .

» Fuera parte de lo que apuntado dejo, estoy para mí que la defensa que hace usted de D. Leopoldo es, de cuantas tiene recibidas él, la más sangrienta de

las burlas literarias. Porque con decir usted que mis críticas le recuerdan las de cierto novelista enemigo del *Quijote* y las de cierto crítico enemigo del *Hamlet*, no parece sino que quiere decir que D. Leopoldo es un *Quijote* ó un *Hamlet*, y que vale tanto como Cervantes y Shakespeare. ¡ *Nequid nimis!* amigo mío, y perdone usted que un mozo, y mozo que se huelga llamándose discípulo suyo, tenga que llamarle al orden con un latinajo.

» ¿ Cuáles son las aventuras de ese astur extraordinario? ¿ Eso es una PERSONALIDAD, un Byron de Cangas de Tineo, un *Quijote*, un *Hamlet*? Si creo á ratos que está en lo cierto D. Leopoldo cuando dice, plagiando á Cánovas, que España es un país muerto, que su decadencia es tan grande como evidente en todo y por todo, es precisamente fijándome en la importancia que da usted á un escritor que ni inventó la pólvora, ni hizo cosa de provecho para las letras patrias.

» Como poeta, es el más chirle del planeta habitado; como novelista el más pesado de España — ¡ y cuidado si son pesados los más de los novelistas españoles! — como crítico, un *Planche* traducido por Pina, un *Plancha*, en fin. No tiene nada personal, nada suyo, absolutamente nada. Á veces es plagiario, á veces imitador; siempre emborronadar de papeles, con alguna ocurrencia, de raro en raro, pero sin color, sin estilo, sin nada; — y cursi, con irresistible vocación á cursi.

» Por lo demás, un escritor que está tan contento con su suerte y con Oviedo, que no ha salido de Es-

pañá (que es como no haber venido al mundo), que está tan orondo con sus paliques y su cargo de Concejá y su afición á D. Emilio, ¿me quiere usted decir que un tipo así tiene *carne* de las personalidades que se destacan y distinguen y dejan huella cuando pasan por entre los simples mortales?

» Advierta usted que yo no me admiraría en ningún caso, más que fuese un geniázo ese señor; porque, en punto á admiraciones, creo con La Rochefoucauld, que ninguna cosa debería causar tanta admiración como el admirarse... De tejas abajo no hay cosa que me admire, como no sea la justicia... y de aquí que no haya tenido ocasión de admirarme todavía; y de tejas arriba..... *pues*, le dire á usted, yo no me meto en celajes, ni me importan tampoco.

» Y siendo esto así, ¡hágame usted el favor de decirme si es merecedor de que me asombre un literato que, bien al contrario de tener cosa que suspenda el ánimo, tiene muchísimo de vulgar y liliputiense bajo cualquier aspecto que se le mire! Puesto que se remoja y se infla y se regodea tanto si algún buen amigo ó pariente suyo le compara con Larra, ¿por qué no le aconseja usted — usted que es tan bueno — que se dé un tiro? *Fíguro* se suicidó á los veintisiete años, después de haber escrito lo que no escribirá en su vida D. Leopoldo. Éste, según dice, va para viejo..... ¡Ya va siendo hora de hacer algún rasgo de genio!..... Y puesto que está en su mano el imitarle en eso ya que no en otras cosas, á competir con el genio, á darse tiritos, que no hay tiempo que perder...

» Con esto, y con la venia de usted, amigo Sán-

chez Pérez, hago punto hasta mañana, que continuaré denunciando plagios de D. Leopoldo, para que vea el público que no tengo nada de embustero, y para que vea usted con cuánta verdad dijo que soy « sincero y agresivo, amigo de la lucha y puntilloso » como un antiguo castellano ».

» Hasta mañana. »

## PERIQUÍN Y PIPA.

« Desde la publicación de mis artículos *Novelistas tontos* y *Clarín folletista*, ha llovido. Han pasado muchos días, años para mí Sr. D. Leopoldo. Sé que para ir al correo, á por los papeles de Madrid, ha dado más carreritas que Bargosi. Yo calculo que ya ha penado bastante. — « Esa mala persona — dirá » á Palacio Valdés — no vuelve á ocuparse de mí. » ¡Tranquiliémonos! »

» Pues ahora empiezo á ocuparme de usted.

» Yo soy así..... Y tanto más gozo cuanto que sé también (tengo espías en Oviedo) que D. Leopoldo está furioso. Está el hombre como una fiera, pero sin irse derecho al bulto, contestando sin querer, reincidiendo en defenderse..... sin defenderse, sacudiéndose los plumazos, en salva sea la parte, sin conseguir hacerlos saltar de la carne. Porque no se atreve, no, lo que es conmigo no se atreve. Discute dimes y diretes con los Corias, con los Rentz, que no manejan bien el percal. Conmigo no discute en los días de su vida, aunque mis críticas contra él

(que se muere de ganas de que le salgan contrincantes... si son flojos, sobre todo, ó si le dan tela para « paliquear») andan en lenguas de la prensa, forman todo un proceso, y ya vienen hablando los periódicos de que D. Leopoldo ha plagiado à Flaubert.

» Pues también ha plagiado à *Fernanflor*.

» Lector, ¿conoce usted à *Periquín*? *Periquín* es un granujilla con ojos de cielo y corazón de oro, que se escapó corriendo del espíritu de *Fernanflor*.

» *Periquín* vivía con *Roque*, un ciego, borracho además, que le propinaba todas las noches un tremendo palizón. Muere repentinamente el ciego, y repentinamente se encuentra en la calle el lazarrillo.

» Aterido de frío en el quicio del portal del palacio de la Condesa de Berrocal, hermosa rubia de treinta y cinco años, viendo sombras y nieve, fué recogido de orden de la Condesa por un lacayo de la casa. Porque aquella noche era Nochebuena.

» — ¿Cómo te llamas? — le preguntó Isabelita, preciosa niña de cinco à seis años, hija de la Condesa.

» — ¡*Periquín*!.....

» *Periquín* se queda con tamaño boca contemplando los lujos del palacio.

» Está invitado à cenar; pero tiene un hambre que no ve, no puede esperar y empieza à engullir dulces.

» Isabelita se enamora del *pobre* y se niega à entrar en el salón si no lleva de galán à *Periquín*. La Condesa vacila, pero concluye por ceder; Isabelita y *Periquín*, la aristócrata y el mendigo, la seda y el

harapo, entran en el salón seguidos de la institutriz, madame Courtois, que la llama *ma petite*.

» *Periquín* se hace cruces. No entiende francés.

» *Periquín* comió y bebió — dice *Fernanflor* — como si no hubiera comido nunca, ó como si no hubiera de volver à comer y à beber en toda su vida. »

» Estaba en sus glorias. Ya se hablaba de casarle con Isabelita (pura broma); y sería Conde, y tendría caballos, carrozas, ríos de oro.

» Pero..... las pasiones sobre todo. *Periquín*, algo *chispo*, riñe por su dama. Confusión en la escena. *Periquín* quiere fugarse y logra esconderse; pero le atrapa monsieur Courtois, y de un puntapié le pone en la calle.

» Por *chispo* se llevan luego al pobre niño à un puesto de borrachos.

» He ahí la síntesis del cuento, que tiene descripciones de mucho color, filigranas de ingenio, pensamientos hondos, corte elegante..... invadido todo por una sombra de melancolía, sombra « triste, sola, desamparada », como *Periquín*, que constituye el fondo de los cuadros del pintor de; *Mientras haya rosas!*....

» Lector, ¿conoce usted à *Pipá*? *Pipá* es un pillastrón descarado, que se escapó corriendo del espíritu de D. Leopoldo, después de haber pasado por el espíritu de *Fernanflor*, desbalijando al pobre *Periquín*. *Pipá* es un *Rata* de doce años.

» Vivía con su padre (más ó menos putativo), un borracho, que le propinaba tremendas palizas, por lo cual prefería el chico vivir en el arroyo.

» Contemplando su cama de nieve, resuelve una noche vestirse de máscara; y dicho y hecho. Aterido de frío y ganoso de aventuras, pasa por los alrededores del palacio de la Marquesa de Híjar, hermosa mujer de treinta años, y es recogido, de orden de la Marquesa, por un lacayo de la casa. Porque si aquella noche está de nieve, como la Nochebuena de *Periquín*, es también noche de solemnidad. Se celebra el Carnaval.

» — ¿Cómo te llamas? — le pregunta Irene, preciosa niña de cuatro años, hija de la Marquesa.

» — ¡Moo! — contesta *Pipá*. (No hubiera estado bien que contestara: ¡*Periquín disfrazado!*)

» *Pipá* se queda con tamaña boca contemplando los lujos del palacio. El *pillastre* está invitado á cenar; pero tiene un hambre que no ve, no puede esperar y empieza á engullir dulces.

» Como la Condesa de Berrocal, la Marquesa de Híjar da un baile.

» Irene se enamora de *Pipá*, y quiere que sea su galán en el baile. Quiere también que la vea vestir; pero esto parece *improper* á la institutriz. ¡*Improper!* *Pipá* se hace cruces. No entiende inglés.

» Y seguidos de Julia, entraron en el salón de baile Irene y *Pipá*, la aristócrata y el mendigo, la seda y el harapo.

» Y en seguida...

» Había terminado la fiesta. ¿Por qué la termina sin describirla el autor? Por no seguir plagiando, supongo yo.

» Sin embargo, sigue la danza.

» *Pipá* tragó cuando pudo. Hizo provisiones *allá para el invierno*, dice *Clarín*.

» Estaba en sus glorias. Ya se hablaba de casarle con Irene (pura broma), y sería un poderoso caballero, un rey...

» Pero... las pasiones sobre todo. *Pipá*, algo *chispo*, se fugatambién, sólo que sabe ganar la puerta de la calle, y va á dar con su cuerpo á un puesto de borrachos.

» He ahí la síntesis del cuento *Pipá*, que es un *Periquín* echado á perder, un *Periquín* de máscara: cuento plagado de filosofías impertinentes, hecho sin ingenio, sin chiste, sin estilo y *reventando de forte*, con un finchamiento asturiano que dejaría pequenito á un portugués.

» Eso sí, después de plagiado, apaleado *Fernanflor*. Este habla de un camarín en su cuento. Don Leopoldo habla también de un camarín en *su* (¿?) cuento; pero añadiendo, como diría Echegaray ó cualquier imitador suyo:

» — ¡Habrás visto!...

» *Periquín* se publicó el 24 de diciembre de 1875. (Véase *El Imparcial* de ese día.) El libro *Pipá* se publicó en 1886. *Su* (¿?) autor pone al final del cuento: «Oviedo, 1879.» Aun así y todo, tiene *cuatro* años menos que el cuento de *Fernanflor*.

» *Pipá*, plagio de *Periquín*; *Aquiles Zurita*, plagio de *Carlos Bovary*; en *La Regenta*, capítulos plagiados de Flaubert; en *Solos*, plagios á Zola.

» Y en cuanto á Zola, no he dicho aún todo lo que tengo que decir. ¡Agárrese bien, amigo, que algún día hemos de hablar de lo que publicó usted con mo-

tivo del naturalismo!... ¿Pues qué se había usted *figurao*? ¿Que se pasaría la vida cobrando el barato y ejerciendo de matón literario? ¡Ca, hombre, ca! Pasen por esas horcas caudinas las *vítimas* que hiciera usted, gentecilla bobalicona que, con más miedo que vergüenza, pregona por ahí que es usted el satírico del siglo — porque en España vivimos de creer que tenemos el mejor orador del mundo, el mejor dramaturgo del mundo y todo lo mejor del mundo é insultamos diariamente á los franceses, sin los cuales no tendríamos más que toros, sol y cocido — gentecilla bobalicona, iba diciendo, y además ignorantona, que habla de las atroces sátiras de usted; sátiras que serían vistas por Larra con ojos de *Micromegas*, y que harían bostezar á Voltaire; sátiras con las cuales jugaría Rochefort como un tigre con un nido de hormigas... Pero *Nos, Nos* no pasamos por las horcas caudinas de usted, y no vale amenazar con sátiras atroces, porque no falta aquí su mijita de bilis y su manojito de nervios, créame usted; ni con peleas descocadas, porque cuando no hemos vivido en el puente de Segovia ó en el barrio de la Alegría, *pues* vivimos en Chamberí, con que « ni que decir tiene » si estamos acostumbrados á broncas; ni vale tampoco amenazar con hacer retratitos, porque aquí también gastamos fotografía; y, en fin, caballero, para no cansar más, que si usted salió de la cueva de Covadonga, de allí donde salió el oso que se comió á Favila, yo *dato* del golfo mejicano... y que nos conocemos, compadre, como si nos hubiéramos parido mutuamente.

» Yo no le tengo mala voluntad, por Dios que no. Si me pidiera usted cinco duros prestados, con seguridad... no se los daba. Ayer olvidé decir al Sr. Sánchez Pérez — que le llama á usted *insigne*, pero no se fie usted: ¡es tan bromista Sánchez Pérez, así á lo manso! — que jamás tuvo usted conmigo cuestión alguna, ni personal, ni tan siquiera literaria. No, no puedo quejarme de usted. La verdad es que siempre me respetó mucho. ¿Que por qué le critico siendo eso así? Por distraerme. Estoy muy triste, amigo mío: ¡si usted supiera!...

» Quiero suponer que es usted un gigante, el gigante chino de la crítica española, y yo un enano. Y bien: le critico con el mismo derecho que ejerció usted cuando criticó al Sr. Cánovas, á quien, por muy poco que se le concediera, y hay que concederle que es un verdadero gigante... (por desgracia para la libertad) habría que decirle que vale como mil arrobas de veces más que usted.

» Le critico además porque quiero oponerme á que siga usted haciéndose perjuicios con eso de los plagios. ¿Qué necesidad hay de que plagie usted á Zola, á Flaubert, á *Fernanflor*? ¿Qué necesidad hay de que me plagie usted, ¡á mí, que soy tan chiquitín!

» Pues también me ha plagiado usted. Un plagio chiquito, claro está, pero no quiero pasar por él.

» — ¡Guardias!... ¡Guardias!...! Áése!

» Prueba al canto.

» El periódico *El Español* (de tan funesta recordación, ¡figúrese usted que decían de él que era *negrero* y lo peor era que decían verdad!) en su nú-

mero 32, año I, del 6 de enero de 1883, publicó un folletín mío, titulado *Don Manuel Fernández Juncos*. En dicho folletín, que reproduje en el libro *Mosquetazos de Aramis* (véanse mis *Mosquetazos* por tres pesetas nada más), libro publicado en 1885, hay un párrafo que dice :

« He creído siempre que el cuerpo humano es un » disparate atroz. ¿Para qué sirve el ombligo? »

» En el libro *Nueva Campaña* (título que es un á modo de plagio del título de un libro de Zola) *Nueva Campaña* (1887), que contiene la campaña (?) de 1885-1886, según su autor, hay un artículo, *Las Revoluciones*, en que dice D. Leopoldo :

« Son restos que dejó la herencia de órganos que » no tienen aplicación actualmente. ¿Para qué sirve » el ombligo? »

» ¿Que para qué sirve el ombligo que saqué yo en 1883? ¡Pues para que no me lo coja usted! Digo, me parece. »

\* \* \*

El Sr. Sánchez Pérez hizo..... cuanto cabía que hiciera un buen amigo; y D. Leopoldo no podía exigirle mayor prueba de compasiva amistad.

Pero como no llevaba razón Sánchez Pérez, no pudo su talento encontrar más escapatoria que ésta : Ni hay, ni hubo jamás, ni habrá nunca plagios, ni plagiarios, ni cosa que se le parezca. »

Si es broma de Sánchez Pérez (¡pero qué bromista es usted, D. Antonio!) por burlarse á su modo

del defendido, digna es del gran criminalista Lachaud... Pero si no es broma esa opinión yo, respetándola por ser de Sánchez Pérez, no puedo aceptarla de ningún modo. (Perdone el maestro.)

Quiere él, enmendando la plana al diccionario, que « al que se apropia escritos que no son suyos no se le llame *ladrón* » ; y si, como parece, se funda en ello para decir que no hay plagiarios, y borrar de camino el derecho de mi acusación, paso yo porque se sustituyan los *voquibles*, si no se oponen los interesados, bien que protestando del modo de señalar á D. Leopoldo — ¡este Sánchez Pérez es feroz! — puesto que no parece puesto en razón que se llame ladrones á los plagiarios, cuando se ha dulcificado la calificación para los verdaderos ladrones, acaso por lo que abundan, y se les llama modestamente con el nombre de *irregularizadores*. Sánchez Pérez : busquemos un término medio y digamos de su amigo que es uno de nuestros primeros *irregularizadores literarios*...

\* \* \*

Otra ocurrencia acabó de exacerbar el ánimo de su Real Majestad, decidiéndole á contestarme; y fué que, con motivo de algo publicado recientemente á propósito de él, dijo al autor de la quisicosa el distinguido poeta y conocido corresponsal de *El Correo de Valencia* :

« Usted no debe meterse en esas profundidades,



y debió dejar su tarea para manos más picardeadas, como, por ejemplo, las de ese perillán de Bonafoux. ¡Ve usted qué pícaro es Bonafoux! Hay unos hombres imposibles. Sí, Bonafoux ha estudiado mucho, escribe muy bien y tiene intención, por eso ha puesto á *Clarín* como chupa de dómine con sólo dos artículos publicados en *La Regencia*, demostrando que *Clarín* ha plagiado á Flaubert, á Zola y á Fernanflor. Cuando se trate de folletos contra D. Leopoldo Alas, deje usted que *talle* un literato como Bonafoux; lea usted lo que él escriba, y en vez de estudiar los folletos y majaderías de D. Leopoldo Alas, estudie usted á los autores á quienes él plagia. Lea usted un libro titulado *Literatura de Bonafoux*. »

\* \* \*

Señores ¡valiente lío! ¡Y pensar que se trataba únicamente de ganar ó perder la apuesta de una cenita servida por Cirilo!...

### III.

#### PRELUDIO.

Ni el menjurje *Calypta*, cuando estuvo en predicamento; ni los libros de D. Ricardo Sepúlveda, que no tienen nada de ingeniosos, por mucho que los anuncie él y por más bombos que les den algunos

periodistas — ¡señores, ni que el papá de *Ricardito* hubiera comprado á cada uno de ustedes « un par de botitas de raso verde! »; — ni el mismísimo general Boulanger fué tan voceado como el folleto de D. Leopoldo. Pero el folleto no parecía; allí, en casa de Fe, estaba en galeradas, muerto de risa. É iban las galeradas de Madrid á Oviedo, y volvían de Oviedo á Madrid, y repetíanse los viajes de ida y vuelta, y á todo esto *Clarín* escribiendo: « ¡Chitón! ¡silencio! ¡que nadie lea el folleto! »; el cual venía á ser un secreto de Estado, algo así como un documento bismarckiano. Pero, no, era... un paso de risa.

Ni Cánovas paseando su yo altanero por los camarines de Palacio; ni León XIII exhibiendo el abanico de avestruz en la silla gestatoria, y á los atónitos ojos de la Emilia Pardo — esa nodriza del naturalismo... español, ó sea vergonzante; — ni nadie, en fin, bajo la capa del cielo, se exhibió tanto como D. Leopoldo encaramado en el desvencijado rocín de su folleto.

Pero..., lo dicho, el folleto no parecía. Estaba entumecido y pidiendo una mosquita de Milán. Se la apliqué por conducto de *La Revista Cómica*, y, por fin, después de un parto de diez meses — el parto de la burra — y de invertir dos en *reclamos*, salió á luz el folleto, con todas las medrosas perspectivas de la impotencia, con todas las sombrías claridades del remanso, y serpenteando como manga de cohetes disparados á última hora por el buque naufrago para avisar que se va á pique y que está muy menesteroso de inmediato auxilio.

... Yo no sé por dónde empezar á reirme del folleto del Sr. Alas, que todo él, de la cabeza á los pies, es cosa de risa. El plagio vive tan metido en el espíritu de este paliquero insigne, que le ha formado callo en la conciencia y constituye en él una segunda naturaleza. Ni para defenderse contra el pobrecito *Aramis*, que le acusa de plagiario, pierde el rimbombante *Clarín* sus malas mañas.

Así, le dije que no tenía ingenio, y se le ocurre contestar que no tengo ingenio; le dije que le conocía como si le hubiera parido, y contesta que me conoce como si me hubiese dado á luz; le llamé novelista tonto, y se venga llamándome también tonto; le advertí que en el Juzgado francés le seguían causa por robo literario, y me advierte que me demandará si continuo llamándole plagiario (*¡plá-giá-rió! ¡¡pláa-giáa-rióo!! ¡¡¡pláaa-giáaa-rióoo!!!*) y que tendré que abonarle, por injuria, 1,250 pesetas (*¡de ganas!*); díjele, en fin, y probéle, además, que plagió una ocurrencia de uno de mis artículos, y quiere vengarse diciendo que yo, en *El Solfeo*, « conseguía parecerme á él en la poca aprensión con que abordaba algunas materias difíciles ».

¡Valientes materias difíciles abordaba usted en *El Solfeo*; envidiar á Revilla!

Pues ¿y las materias difíciles que abordaba yo « con poca aprensión? » *Los conservadores en el otro mundo* (artículo político), *Romero Robledo ante la esclavitud* (artículo político), *Un cuadro* (artículo político), *Delirio ministerial* (artículo político)... ¡terribles abordajes de materias difíciles!

De *El Solfeo* salí sin pelos en la cara, una criatura, peor, un insecto, á padecer motines en América, y habiendo regresado, á poco andar, redacté en Madrid un periódico que atacó á mis enemigos, riñó con los vates sinsontiles, echó abajo una audiencia con aplauso de la prensa madrileña, crucificó caciques y... dió alguna guerra; me parece.

Eso fué lo que hizo DON LUIS, que fué no hacer nada, por que el periódico estaba dedicado á la Habana, que es la capital de las Américas en la misma Manila, como creará usted; pero lo que él escribió allí, mantenido está por él.

Y usted, DON JUAN, ¿qué hizo? Escandalizar un poco en la villa del oso, injuriar á infelices, glosar del francés para que comulgasen con ruedas de molino los buenos batuecos, apropiarse las campañas de Zola y tener, en suma, el *fin trágico* de que habló Victor Hugo. ¡Lucido abordaje!

Usted, caballero, tiene una manía que le lleva derecho al sepulcro: la manía de ser en España (y no sé si también en el extranjero) *el H* satírico, con privilegio exclusivo de invención. Usted mismo se guisa las sátiras, y usted mismo se las come. Ya en el artículo *Estilo fácil* (publicado en el *Madrid Cómico*) asomó usted la oreja, declarando indirectamente que era el único satírico de este mundo y de Lisboa, y echándole la llave á la sátira española...

¿Qué quiere usted, lector, satirizar al prójimo? Pues tiene que sacar permiso de D. Leopoldo. ¿Qué se propone ejercer de crítico? Fuerza es que consiga venia de D. Alas. ¿Que le da el naípe por escribir á